

CAPÍTULO 12

Factores de riesgo y prevención de la violencia de género en adolescentes

María Luisa Pérez Pallarés, Rocío Torres María, y Fátima Góngora Hernández
Universidad de Almería (España)

Introducción

La violencia de género es un gran problema social y una de las formas más frecuentes de violencia de nuestra sociedad (Pazos, Oliva, y Hernándo, 2014; Pradas y Perles, 2012; De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010; Garrido y Casas, 2009). Las investigaciones han encontrado una alta prevalencia de violencia de género en adolescentes (Martínez y Rey, 2014; Muñoz, Ortega-Rivera, y Sánchez, 2013; Martín y Tellado, 2012; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010; De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013; Garrido y Casas, 2009; Rubio-Garay, Carrasco, Amor, y López-González, 2015). Los datos señalan que más de la mitad de los jóvenes con experiencia sentimental ha recibido o ejercido alguna vez conductas de violencia, siendo las formas psicológicas y físicas leves las más frecuentes (Martínez y Rey, 2014; Muñoz, Ortega-Rivera, y Sánchez, 2013; Pradas y Perles, 2012; Martín y Tellado, 2012; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010). La proporción de jóvenes que admiten agredir a sus parejas oscilan entre el 10-50%, y el porcentaje de aquellos que admiten ser víctimas es del 12-45%. (Pradas y Perles, 2012). Además, varias investigaciones internacionales señalan que la frecuencia de conductas violentas tanto psicológicas como físicas es significativamente alta en parejas iniciales, siendo incluso, más probable que en parejas casadas (Pazos, Oliva, y Hernándo, 2014; Pradas y Perles, 2012).

A pesar del conocimiento y los avances de la violencia de género en los adultos, la detección precoz en parejas de adolescentes es más complicada (Delgado, 2011; Garrido y Casas, 2009). Entre sus causas se encuentran (Pazos, Oliva, y Hernándo, 2014; Pradas y Perles, 2012; Delgado, 2011; De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013; Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010), la poca relevancia que tienen las relaciones de jóvenes por parte de la población; la normalización e invisibilidad de dicha violencia en la sociedad, al basarse su detección en denuncias y peticiones de ayuda; a las creencias sexistas; a la magnificación de las historias amorosas presentes en los medios de comunicación; a la idealización de los adolescentes de las relaciones de pareja, basadas en el amor romántico y justificación de comportamientos violentos; y a la dificultad en admitir que son víctimas de maltrato y/o agresores.

De esta manera, los adolescentes consideran importante el compromiso y la fidelidad, considerando que las relaciones de pareja se basan en aspectos placenteros y dolorosos, lo que conlleva a relaciones de dependencia. Como resultado, la excesiva dependencia puede incrementar la tolerancia hacia el abuso y puede dificultar terminar con una relación abusiva, estableciendo y manteniendo relaciones potencialmente destructivas (Pradas y Perles, 2012; Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010; Delgado, 2011; Garrido y Casas, 2009). La violencia en las parejas de jóvenes adolescentes (dating violence) se define como todo comportamiento y actitud que causa daño físico, psíquico o sexual, de un miembro de la pareja contra el otro (Rey-Anaconda, 2008; Pazos, Oliva y Hernándo, 2014; Martínez y Rey, 2014; Muñoz, Ortega-Rivera, y Sánchez, 2013; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010).

La exposición a este tipo de comportamientos y actitudes violentas en las primeras experiencias sentimentales es un importante factor de riesgo. En las primeras relaciones amorosas, se determinan el comportamiento en la intimidad y los ideales de una relación en pareja (Pradas y Perles, 2012; Delgado, 2011), oscilando entre formas de intercambio emocional equitativo y corresponsable o formas de dominación-sumisión (Delgado, 2011). Por tanto, pueden implicar problemas de violencia en el

matrimonio o en la convivencia de pareja en la edad adulta (Rey-Anacona, 2008; Muñoz, Ortega-Rivera, y Sánchez, 2013; Pradas y Perles, 2012; Martín y Tellado, 2012; Delgado, 2011; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010). Además, supone un riesgo para el bienestar físico y psicológico, pudiendo afectar negativamente a sus relaciones sociales, especialmente, las que se establecen con los iguales (Rubio-Garay, Carrasco, Amor, y López-González, 2015; Rey-Anacona, 2008; Martínez y Rey, 2014; Pradas y Perles, 2012; Martín y Tellado, 2012; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010). Entre sus consecuencias, podemos encontrar bajo rendimiento académico, abandono de los estudios, baja autoestima, abuso de sustancias, intentos de suicidio, trastornos alimentarios, enfermedades de transmisión sexual, embarazos no deseados, trastornos depresivos y de ansiedad (Rey-Anacona, 2008; Martínez y Rey, 2014; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010). Asimismo, se debe aportar nuevos valores sobre las relaciones de parejas y modelos de atracción a la sociedad para prevenir la violencia de género realizar una nueva socialización para prevenir la violencia de género (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010; Martín y Tellado, 2012).

Debido a la importancia de este tema en la sociedad, las administraciones públicas y educativas han desarrollado programas orientados a la intervención y la protección de las víctimas (Muñoz, Ortega-Rivera, y Sánchez, 2013; De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013; Grañeras, Mareño, Martín, De la Torre, y Alcalde, 2007). Sin embargo, en los últimos años, la prevención ha adquirido mayor relevancia en la erradicación de este problema (Grañeras, Mareño, Martín, De la Torre, y Alcalde, 2007; Martín y Tellado, 2012). En este sentido, se han promulgado leyes y normas y se han difundido campañas de sensibilización y programas de prevención en los centros educativos. Los programas de prevención primaria deben desarrollarse al inicio de la adolescencia, ya que a esta edad se desarrolla la búsqueda de la autonomía, la importancia de las relaciones entre iguales y el inicio de la atracción sexual. (Pazos, Oliva, y Hernández, 2014; Muñoz, Ortega-Rivera, y Sánchez, 2013; Delgado, 2011; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010).

El objetivo de la investigación es identificar las creencias y los factores de riesgo de la violencia de género en adolescentes determinando el tipo de violencia de género más habitual y valorar la efectividad de los programas de prevención.

Metodología

Se ha realizado una revisión y estudio teórico de diversos artículos, trabajos científicos y bibliografías encontradas en bases de datos como Dialnet, Scielo y Cochrane y el buscador Google académico. La estrategia de búsqueda incluye artículos publicados en español de una antigüedad de 10 años. Como descriptores se han utilizado violencia de género, adolescentes, prevención, programas, factores de riesgo. Las fórmulas de búsqueda introducidas han sido violencia de género AND adolescentes AND prevención AND programas; violencia de género AND adolescentes AND factores de riesgo.

Resultados

Los jóvenes se desarrollan en una sociedad basada en la ideología del amor, la cultura sexista y los modelos de atracción tradicionales, que orientan sus relaciones en todos los aspectos. Como consecuencia, comparten una ideología romántica fundamentándose en el sentimiento y el compromiso con la otra persona basando sus comportamientos en estereotipos que propician conductas de abuso y violencia (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010; Grañeras, Mareño, Martín, De la Torre, y Alcalde, 2007).

En general, los adolescentes incluyen nuevos conceptos de igualdad en la relación de la pareja. Rechazan la sumisión de la mujer, la dominación masculina y que las mujeres deben satisfacer a sus maridos. Además, subrayan la importancia de la autonomía y de la autorrealización dentro de la pareja. Sin embargo, incluyen elementos que propician una relación dependiente basada en la dependencia, la

agresividad masculina y las creencias sexistas como prohibiciones y amenazas (De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013; Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010; Grañeras, Mareñu, Martín, De la Torre, y Alcalde, 2007).

Además, los adolescentes no poseen estrategias para detectar, comprender y reaccionar ante la violencia de género en sus relaciones. Las relaciones afectivas y sexuales están marcadas por la desigualdad y el dominio masculino, normalizando las diferencias de género, así como la agresividad de los varones y la afectividad de las mujeres hacia éstos. Por consiguiente, aparecen situaciones de violencia psicológicas toleradas difíciles de identificar, que pueden desencadenar en violencia física y sexual (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010)

En general, el grado de acuerdo con las creencias tolerantes y el rechazo a la violencia aumenta con la edad. Asimismo, disminuye el grado de acuerdo que tienen con creencias sexistas y de justificación de la violencia doméstica. Sin embargo, los chicos justifican la violencia entre iguales ante ofensas recibidas o si atentan contra alguien que consideran de su propiedad. También, presentan un mayor acuerdo con la justificación de la violencia doméstica que las chicas, apoyándose en las creencias sexistas. Es decir, comparten ideas de género tradicionales donde la superioridad y la agresividad del hombre están ligada a su atractivo. También, a mayor grado de sexismo, existe un mayor grado de dependencia, ya que se considera que la pareja es un recurso valioso que hay que proteger (De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013; Pradas y Perles, 2012).

En cuanto a las conductas de violencia, perciben como más peligrosas las amenazas, el aislamiento y las prohibiciones, la descalificación y la presión sexual, es decir, la violencia física. Sin embargo, perciben como violencia baja las conductas de celos, el control, la indiferencia y la manipulación afectiva y el acoso. Por tanto, otorgan menor importancia a la violencia psicológica, dificultando su detección y normalizando estas conductas en la relación de pareja (Delgado, 2011; Pazos, Oliva, y Hernando, 2014).

En cuanto al género, las chicas creen que las conductas relacionadas con la violencia psicológica son de mayor gravedad, como por ejemplo, la manipulación emocional, la indiferencia afectiva, la descalificación, los celos y el control. En cambio, los chicos perciben con mayor gravedad las conductas vinculadas a la violencia física y sexual, como las amenazas, la presión sexual y el acoso. Los programas de prevención deben considerar estos datos para su diseño. Además de los programas generales, se deberían incluir programas específicos para los chicos cuyo objetivo sea la sensibilización hacia la violencia psicológica desmitificando la ideología del amor romántico, y un enfoque de violencia física para los programas específicos para las chicas (Delgado, 2011; Pazos, Oliva, y Hernando, 2014).

Según las investigaciones, los adolescentes sufren y ejercen conductas de violencia de género en la misma medida, existiendo reciprocidad en las conductas agresivas (Pradas y Perles, 2012). En general, el abuso psicológico es más prevalente entre los adolescentes, siendo el abuso físico de mayor y menor gravedad muy bajo. Las chicas sufren más conductas que implican abuso psicológico como control psicológico, acoso o humillaciones; mientras que los chicos son objeto de control psicológico y abusos físicos leves como bofetadas y patadas (Pazos, Oliva, y Hernández, 2014, Pradas y Perles, 2012; Garrido y Casas, 2009).

El tipo de violencia al que ha sido expuesta la persona tanto directa como indirectamente influye en el tipo de violencia que ejercerá en un futuro. Los factores de riesgo más frecuentes son la violencia paternal, la violencia en la relación de pareja, tener conocidos que han sido víctima de violencia de género, la tradición sexista y haber sido víctima de violencia por parte de la pareja o en la familia (Rey-Anaconda, 2008).

Según la literatura, los factores de riesgo que influyen en la práctica de los distintos tipos de violencia son (Rey-Anaconda, 2008; Pazos, Oliva, y Hernández, 2014; Rubio-Garay, Carrasco, Amor, y López-González, 2015; Martínez y Rey, 2014):

-*Roles tradicionales de género.* La ideología del amor romántico y la tradicional superioridad del hombre frente a la mujer han demostrado una prevalencia similar entre parejas adultas casadas o en convivencia y las parejas adolescentes.

-*Entorno socioeconómico.* Las personas con recursos estatus socioeconómicos bajos se basan en los roles tradicionales de género, justificando así la violencia de género.

-*Exposición a la violencia y victimización en la familia.* La experiencia de malos tratos en la familia y pertenecer a una familia disfuncional caracterizada por el control autoritario, el castigo físico, el afecto negativo, la negligencia, la falta de confianza y de cuidado o la baja implicación parental, normaliza el uso de la violencia para resolver los conflictos de pareja. Asimismo, tienen un mayor riesgo de involucrarse en relaciones de noviazgo poco saludables. Por ello, es un factor de riesgo para la perpetración y la victimización. Sin embargo, los hábitos de crianza positivos en los que existe una estrecha relación con los padres parecen ejercer protección contra la violencia de género.

-*Conocimiento de violencia de género.* Tener amigos o conocidos que han sido víctimas, victimarios o agresores de dicha violencia, podrían relacionarse con aceptar o ejercer malos tratos en sus noviazgos.

-*Experiencia de violencia previa.* Los adolescentes que han sufrido violencia de género con parejas previas, tienen una mayor probabilidad de volver a ser una víctima. Las experiencias de violencia de pareja influyen más en la revictimización que las experiencias de maltrato en la familia de origen y otras experiencias de violencia en la infancia. Los adolescentes tienden a repetir los mismos patrones de comportamiento en sus nuevas relaciones amorosas debido a que poseen pocas habilidades para la solución de problemas y de elección de pareja.

-*Abuso de sustancias.* El uso de sustancias psicoactivas como alcohol y drogas son factores precipitantes y facilitadores de violencia.

-*Problemas de conducta y alteraciones psicopatológicas.* Los trastornos de personalidad límite y antisocial, el estrés social, la conducta sexual de riesgo, conductas controladoras, la baja autoestima, la baja empatía, ser miembro de una pandilla o participar en peleas son factores facilitadores de la violencia de género.

-*Rendimiento académico.* El rendimiento académico bajo incrementará el riesgo de agredir, disminuyendo si el rendimiento académico es positivo.

En general, los adolescentes víctimas de violencia por parte de su pareja presentan conductas sexuales de riesgo, abuso de sustancias, embarazo, intentos de suicidio y conductas alimentarias de riesgo.

De esta manera, es necesario implantar programas de prevención en entornos educativos y de la comunidad que identifiquen y, si es posible, que modifiquen los principales factores de riesgo. En general, los programas diseñados han mostrado eficacia al disminuir las agresiones físicas, psicológicas y sexuales del noviazgo, así como la victimización, produciendo efectos positivos a corto y largo plazo.

En cuanto a los programas de prevención, podemos diferenciar los programas de prevención primaria y secundaria (Rubio-Garay, Carrasco, Amor, y López-González, 2015).

-Los programas de prevención primaria se encargan de transmitir información sobre la violencia de género, desarrollar habilidades de comunicación, resolver los conflictos de manera pacífica, modificar estereotipos y creencias sobre los roles de género, cambiar actitudes que favorecen la violencia, desarrollar la empatía y mejorar la autoestima.

-La prevención secundaria consta de apoyo psicológico a las víctimas que contribuye a minimizar los efectos nocivos de la violencia, incluyendo el tratamiento de los agresores.

La mayoría de los programas de prevención, están dirigidos a la prevención primaria dentro de los centros educativos, donde se desarrollan actividades guiadas por docentes entrenados cuyo objetivo es conocer los distintos tipos de violencia de género, modificar estereotipos y creencias, mejorar la autoestima y desarrollar habilidades de comunicación, resolución de conflictos y estrategias para terminar relaciones de pareja destructivas (Martínez y Rey, 2014; Garrido y Casas, 2009).

La prevención se puede desempeñar a través de tres grandes agencias socializadoras que determinan los comportamientos y la ideología sobre las relaciones de pareja en los adolescentes. Estas son la familia, los centros educativos y los medios de comunicación (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010).

En la familia se reproducen los estereotipos de género tradicionales debido a la poca participación de los jóvenes en el trabajo doméstico y familiar. La necesidad de proteger, la exigencia de mayor seguridad, la mayor participación en tareas domésticas son actividades que fortalecerían el modelo de feminidad tradicional. Habitualmente, la familia no se considera un agente transmisor de nuevas formas de pensar, sino que está ligada a las creencias sexistas y la ideología tradicional. Aunque con la entrada de la mujer al mercado laboral, está aumentado la participación y/o colaboración de hombres y adolescentes en las tareas domésticas (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010).

En cuanto a los medios de comunicación, no se considera un agente socializador beneficioso ya que transmite modelos tradicionales y creencias sexistas. En los medios de comunicación, existen diferentes tipos de éxito según el género. Para la mujer, el éxito es social y está basado en el atractivo físico y la belleza; y para el hombre, el éxito se basa en la racionalidad y las habilidades sociales (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010). Por otra parte, los centros educativos han iniciado una nueva acción socializadora. En ella se desarrollan proyectos y programas que tratan de la problemática social y que se utilizan como medio de prevención de conductas de riesgo, entre los que se encuentran la prevención de drogodependencias y la violencia de género. Además, los adolescentes recuerdan y consideran como muy importantes los valores transmitidos (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010). Para ello, el personal docente debe tener información actualizada para enfrentar situaciones habituales en el ambiente escolar y fortalecer habilidades como la solución de conflictos, la comunicación asertiva y la escucha activa (Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010).

Los distintos programas desarrollados en los centros educativos han demostrado promover la reflexión y la aplicación de habilidades que aumentan los conocimientos y la sensibilidad en torno a la violencia de género. Asimismo, esta sensibilidad permite identificar situaciones de violencia y el rechazo de creencias falsas en las relaciones de pareja. Además, favorecen la resolución de problemas de forma positiva, el compromiso y la intimidad aumentado las expectativas de futuro de las parejas y reduciendo conductas de violencia, agresión y victimización (Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010; Muñoz, Ortega-Rivera, y Sánchez, 2013).

Como resultado, los adolescentes entienden que la autonomía, la asertividad y la sinceridad son características de las relaciones de pareja, rechazando los modelos tradicionales que propician el control, los celos y la sumisión. De tal forma que es importante desarrollar programas donde se busque la equidad en las relaciones afectivas.

En cuanto a la población masculina, se ha encontrado una menor sensibilidad tras las intervenciones. Por ello, se debe fortalecer los conocimientos sobre violencia, amor, así como actitudes de no violencia durante el noviazgo. Este hecho podría estar relacionado con el sexismo y la dominación masculina que favorece y justifica la violencia entre los miembros de la pareja. Respecto a las chicas, han demostrado menor sensibilidad para la violencia física, aunque en general presentan una mayor sensibilidad a la violencia que los chicos (Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010). De esta manera, se deberían desarrollar programas generales para la prevención de la violencia de género y programas específicos para chicas, con un enfoque en la violencia física, y específicos para chicos, basado en los distintos tipos de violencia psicológica y eliminación de creencias sexistas y tradicionales. (De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013; Delgado, 2011)

Se puede concluir que los programas de prevención son efectivos ya que aumenta los conocimientos sobre violencia, desechan los mitos sobre el amor, identifican las características de los agresores y conductas de violencia física, psicológica y sexual y la forma de rechazar una relación violenta. Además,

le otorga recursos para afrontar situaciones o parejas que pueden ser potencialmente dañinas y sirve para sentirse más seguro respecto a futuras relaciones (Garrido y Casas, 2009).

Los centros educativos son las agencias socializadoras más adecuadas para ejercer educación sobre la violencia de género. Aunque, no es suficiente, ya que toda la comunidad debería de ejercer un papel relevante para optimizar los resultados (De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010).

Como alternativa, sería interesante aplicar comunidades de aprendizaje, en el cual se incluye la participación de la familia y la comunidad. Su objetivo consiste en la superación de las desigualdades sociales, entre ellas las de género, a través de la transformación de la escuela y del contexto donde se ubica, incorporando interacciones dentro y fuera del centro educativo y con diferentes personas de la comunidad. Para ello, se debe elaborar una comisión mixta formada por familiares, profesorado y alumnado, además de otros agentes de la comunidad. Para ello, es preciso que la comunidad educativa reconozca la problemática, identifiquen los casos de violencia de género y reflexiones sobre las soluciones para poder actuar. Por eso, es esencial la participación del alumnado para identificar, prevenir y aportar soluciones a los problemas (Martín y Tellado, 2012).

La prevención de la violencia de género se debe realizar a través de los tres agentes socializadores como son los medios de comunicación, la familia y los centros educativos. Sólo así, se podrán instaurar nuevos conceptos sobre las relaciones afectivas y la ideología del amor, favoreciendo la equidad y descartando la sumisión y la dominación.

Discusión/Conclusiones

Los adolescentes se desarrollan en una sociedad con un contexto cultural basado en las creencias sexistas y tradicionales, la ideología del amor y los modelos de atractivo propios de la dominación masculina sobre las relaciones de pareja. Aun así, aplican conceptos de igualdad como la autonomía, la autorrealización y el rechazo a la sumisión de la mujer en sus relaciones. Sin embargo, también incluyen elementos basados en el compromiso, la dependencia, la agresividad masculina y las creencias sexistas que propician conductas de abuso y de violencia (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010; Grañeras, Mareñu, Martín, De la Torre, y Alcalde, 2007).

Por otra parte, no poseen estrategias para detectar y reaccionar ante la violencia de género. Las relaciones afectivas y sexuales están marcadas por la desigualdad y el dominio masculino, normalizando las diferencias de género, así como la agresividad de los varones y la afectividad de las mujeres hacia éstos. Por consiguiente, aparecen situaciones de violencia psicológicas toleradas difíciles de identificar, que pueden desencadenar en violencia física y sexual (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010).

Con la edad se produce un aumento del rechazo a la violencia, a las creencias sexistas y a la justificación de la violencia doméstica, propiciando creencias tolerantes. En este caso, los chicos justifican la violencia entre iguales apoyándose en el concepto de propiedad, superioridad y agresividad masculina. De tal forma, que favorecen la dependencia y el desarrollo de conductas de violencia de género (Pradas, y Perles, 2012; De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013).

En cuanto a la identificación de la violencia, los adolescentes perciben como más peligrosa la violencia física que consta de amenazas, aislamiento y prohibiciones. Sin embargo, tienen una percepción baja de la violencia psicológica con conductas como los celos, el control y la manipulación afectiva. De esta manera, se dificulta su detección y se normalizan conductas propias de la violencia (Delgado, 2011).

En particular, las chicas identifican con mayor gravedad las conductas relacionadas con la violencia psicológica destacando comportamientos como la manipulación emocional, los celos y el control. En cambio, los chicos otorgan más importancia a las conductas vinculadas a la violencia física y sexual, como las amenazas y el acoso (Delgado, 2011).

Según las investigaciones, las conductas de violencia de género son recíprocas, siendo más prevalente el abuso psicológico y el físico leve. El abuso psicológico es sufrido mayormente por las chicas, mientras que el abuso psicológico y físico leve es sufrido por los chicos (Pradas y Perles, 2012; Garrido y Casas, 2009).

La violencia que ejerce el individuo está relacionada con el tipo de violencia al cual ha sido expuesto, tanto directa como indirectamente. Los factores de riesgo que influyen en desencadenar conductas de violencia de género son los roles tradicionales de género; el entorno socioeconómico bajo; la exposición a la violencia en la familia, ya sea por exposición a violencia familiar, control autoritario, negligencia en el cuidado o por ser víctima de violencia; el conocimiento de acciones de violencia de género por conocidos, tanto conductas de agresión como ser víctimas de violencia; experiencia de violencia previas, familiares o de relaciones previas; el abuso de sustancias; los problemas de conducta y alteraciones psicopatológicas, como el estrés social y la baja autoestima; y el rendimiento académico bajo (Rey-Anaconda, 2008; Pazos, Oliva, y Hernández, 2014; Rubio-Garay, Carrasco, Amor, y López-González, 2015; Martínez y Rey, 2014).

Mayoritariamente, los programas de prevención diseñados son programas de prevención primaria cuyo objetivo es conocer los distintos tipos de violencia de género, modificar estereotipos y creencias, mejorar la autoestima y desarrollar habilidades de comunicación, resolución de conflictos y estrategias para terminar relaciones de pareja destructivas (Martínez y Rey, 2014; Garrido y Casas, 2009).

La prevención se puede y se debe desempeñar a través de tres grandes agencias socializadoras que determinan los comportamientos y la ideología sobre las relaciones de pareja, como son la familia, los centros educativos y los medios de comunicación (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010). En general, la familia y los medios de comunicación, transmiten creencias sexistas y tradicionales basadas en la dominación y agresividad masculina, la sumisión de la mujer y los modelos de atractivo masculinos y femeninos tradicionales (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010).

Los centros educativos desarrollan programas de problemática social para prevenir conductas de riesgo. Además, los adolescentes consideran interesantes y oportunos los valores transmitidos (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y Del Valle, 2010). Los distintos programas han demostrado que se aumenta la reflexión y conocimiento sobre la violencia; el abandono de creencias y mitos sexistas; la identificación de las características de los agresores y de conductas de violencia física, psicológica y sexual; la integración de habilidades de resolución de problemas; y la promoción de la intimidad y confianza incrementado las expectativas de futuro de las relaciones de pareja reduciendo conductas de violencia, agresión y victimización (Muñoz, Ortega-Rivera, y Sánchez, 2013; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010; Garrido, y Casas, 2009). Sin embargo, tras las intervenciones, se ha demostrado que la población masculina posee una menor sensibilidad a la violencia física, y la población femenina una sensibilidad menor a la violencia psicológica. Por ello, se cree necesario el diseño de programas de prevención general para ambos tipos de poblaciones desarrollando programas específicos según las necesidades de los adolescentes (Delgado, 2011). Los centros educativos son las agencias socializadoras más adecuadas para ejercer educación sobre la violencia de género. Aunque, no es suficiente, ya que toda la comunidad debería de ejercer un papel relevante para optimizar los resultados (De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013; Pick, Leenen, Givaudan, y Prado, 2010). La prevención de la violencia de género se debe realizar a través de los tres agentes socializadores como son los medios de comunicación, la familia y los centros educativos. Sólo así, se podrán instaurar nuevos conceptos sobre las relaciones afectivas y la ideología del amor, favoreciendo la equidad y descartando la sumisión y la dominación.

Referencias

Amurrio, M., Larrinaga, A., Usategui, E., y Del Valle, A.I. (2010). Violencia de género en las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes de Bilbao. *Zerbitzuan*, 47, 121-134.

De la Osa, Z., Andrés, S., y Pascual, I. (2013). Creencias adolescentes sobre la violencia de género. Sexismo en las relaciones entre adolescentes. *European Journal of Investigation in Health, Psychology and Education*, 3(3), 265-275.

Delgado, C. (2011). Evaluación psicométrica de la percepción de la violencia de género en la adolescencia. *International Journal of Development and Educational Psychology: INFAD Revista de Psicología*, 1(2), 197-206.

Garrido, V., y Casas, M. (2009). La prevención de la violencia en la relación amorosa entre adolescentes a través del taller "La Máscara del Amor". *Revista de Educación*, 349, 335-360.

Grañeras, M., Mareño, A., Martín, R., De la Torre, C., y Alcalde, A. (2007). La prevención de la violencia contra las mujeres desde la educación: investigaciones y actuaciones educativas públicas y privadas. *Revista de Educación*, 342, 189-209.

Martín, N., y Tellado, I. (2012). Violencia de género y resolución comunitaria de conflictos en los centros educativos. *Multidisciplinary Journal of Gender Studies*, 1(3), 300-319.

Martínez, J.A., y Rey, C.A. (2014). Prevención de violencia en el noviazgo: una revisión de programas publicados entre 1990 y 2012. *Pensamiento psicológico*, 12(1), 117-132.

Muñoz, B., Ortega-Rivera, F.J., y Sánchez, V. (2013). El DaViPoP: un programa de prevención de violencia en el cortejo y las parejas adolescentes. *Apuntes de Psicología*, 31(2), 215-224.

Pazos, M., Oliva, A., y Hernández, A. (2014). Violencia en relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 46(3), 148-159.

Pick, S., Leenen, I., Givaudan, M., y Prado, A. (2010). Yo quiero, yo puedo...prevenir la violencia: programa breve de sensibilización sobre violencia en el noviazgo. *Salud Mental*, 33(2), 153-160.

Pradas, E., y Perles, F. (2012). Resolución de conflictos de pareja en adolescentes, sexismo y dependencia emocional. *Quaderns de Psicologia*, 14(1), 45-60.

Rey-Anacona, C.A. (2008). Prevalencia, factores de riesgo y problemáticas asociados con la violencia en el noviazgo: una revisión de la literatura. *Avances en Psicología Latinoamericana/Bogotá*, 26(2), 227-241.

Rubio-Garay, F., Carrasco, M.A., Amor, P.J. y López-González, M.A. (2015). Factores asociados a la violencia en el noviazgo entre adolescentes: una revisión crítica. *Anuario de Psicología Jurídica*, 25, 47-56.